

ticularidad, que ha ocupado muy útilmente á los arqueólogos y á los artistas. 1 Una cuestion deseada hace largo tiempo y más en relacion con nuestros estudios, reclamaba nuestra atencion.

¿Cómo llegaban á conocer los primeros cristianos el nombre de los mártires? Cuando se piensa en la multitud de fieles que eran degollados algunas veces; en los obstáculos que oponian los paganos al empeño de los hermanos por acercarse á los mártires, en la dificultad de conocer á los prisioneros extendidos en los diferentes calabozos de una ciudad tal como Roma y traídos muchas veces de países lejanos, cuando se piensa en todo esto, una cosa asombra al peregrino de las Catacumbas; no es la de encontrar muchos mártires in-nominados, sino la de encontrar demasiados. Además, muchos medios quedaban á nuestros padres para conocer los nombres de los héroes que sucumbiendo en un glorioso combate, adquirian un título sagrado á los homenajes de la Iglesia. En primer rango es necesario colocar el celo de los particulares y la solicitud de los Pontífices.

Apénas se habia extendido el rumor de que uno de los hermanos habia sido arrestado por causa de la fe, cuando todos, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, acudían á la prision para verle, consolarle, animarle, besar sus cadenas y encomendarse á sus oraciones. Le acompañaban ante los jueces, recogian sus palabras y le seguian hasta el lugar del suplicio. Un autor profano del segundo siglo, Luciano, cuenta lo que ha visto con sus ojos: "Hubierais visto desde la mañana acudir á la prision no solo á los ancianos, á las viudas y á los niños, sino tambien á hombres de la más alta condicion; á fuerza de dinero ganaban á los carceleros y conseguian el

1 Véase Sandini, "Hist. famil. sacr." c. XV.

permiso de entrar, de consolar al impostor y de pasar la noche con él." 1

Lo que se hacia en Roma se renovaba en todas partes. ¿Quién no conoce la admirable caridad de los cristianos de Oriente y de Occidente, de Lyon y de Viena hácia los mártires? El celo fué algunas veces tan léjos, que los obispos se creyeron algunas veces obligados á moderarlo á fin de no irritar demasiado á los perseguidores. 2 El mismo espíritu de caridad inmortal, como el cristianismo que lo inspira, ha atravesado todos los siglos. ¿No se le ha visto producirse en mil heroicos rasgos durante la revolucion francesa? ¿No se le ve hoy todavía en las misiones de la Cochinchina y del Tonquin, llevar todos los dias á las puertas de las prisiones cristianos empeñados en consolar á los cautivos de la fe?

Pero independientemente de estas comunicaciones diarias con los prisioneros ¿no sucede que la mayor parte de los cristianos, de los fieles de Roma sobre todo, no se conocian ya de antemano? ¿no se sabe que se reunian muy á menudo en pequeñas asambleas; que viajaban provistos de cartas de sus obispos; que no formaban más que un solo corazon y una sola alma y que asistian valerosamente al suplicio de sus hermanos? Así, en tésis general, era fácil á los cristianos de todos los países conocer los nombres de los mártires y y grabarlo en sus sepulcros.

En la solicitud de los soberanos Pontífices encontramos un segundo medio de conocer los nombres de los mártires de Roma y una nueva garantía de autenticidad. San Clemente, tercer sucesor de San Pedro, dividió la ciudad en siete regiones, En cada region colocó un notario, hombre instruido, activo, probo, encargado de

1 "Dialog. de Morte Peregrini," n. XII.

2 S. Cypr., "Epist." V. edit. Oxon.

recoger todos los pormenores relativos á los mártires de su cuartel. 1 En 238 el Papa San Fabian estableció en cada region un diácono que tenia bajo sus órdenes un subdiácono y un notario con orden de reunir y de poner por escrito las actas de todos los mártires que morian en el resorte de su departamento.

Los Papas siguientes continuaron con un cuidado extremo la obra de sus antepasados. Quisieron tambien que los diáconos, los subdiáconos y los notarios escribiesen fielmente todo lo que sucedia de notable en sus iglesias. 2 ¿Qué mejor medio para conocer con certeza el nombre y las actas de los mártires? ¿Por qué habrá perecido ó casi perecido esta coleccion de monumentos originales? De todos los males que el impío Diocleciano causó á la Iglesia, el aniquilamiento de estos preciosos archivos es tal vez el más grande y ciertamente el más irreparable. El odioso perseguidor mandó quemar todas estas piezas en la plaza pública. 3 Sin embargo, pudiéronse salvar algunas para hacer los catálogos que han servido de base á los Martirologios Romanos.

Diré de paso que en las otras iglesias del mundo, no se ponía un cuidado ménos re-

1 Hic fecit septem regiones dividi notariis fidelibus Ecclesiae, qui gesta martyrum sollicite et curiose unusquisque per regionem suam perquirent. "Hizo que las regiones se dividiesen entre siete notarios fieles á la Iglesia y que cada uno inquiriese en su region solícita y curiosamente los hechos de los mártires."—Lib., "De Rom. Pontif.," in Clem.

2 Hic regiones divisit diaconibus, et fecit septem subdiaconos qui septem notariis imminerent, qui gesta martyrum in integrum colligerent. "Dividió las regiones entre siete diáconos y estableció siete subdiáconos que ayudasen á los notarios á investigar los hechos de los mártires." "Id in Fabian." Hic gesta martyrum diligenter a notariis exquisivit et in Ecclesia recondidit. "Recogió de los notarios y guardó en la iglesia los hechos de los mártires." Id, in Anter.; et in Julio Pp.

3 Euseb., Hist., lib. VIII, c. II y III.—Bar., de Martyrol., c. III.

ligioso en conservar los nombres y las actas de los valerosos atletas del cristianismo. En Africa vemos en los tiempos de San Cipriano al diácono Póncio ejercer la misma funcion que los notarios y los diáconos regionarios de Roma; Smyrna, Viena y Lyon nos han dejado pruebas admirables del mismo celo. El Oriente y el Occidente nos muestran fieles comprando á peso de oro el permiso de tomar de los registros de los tribunales una copia auténtica de los interrogatorios de sus hermanos. De allí vienen las actas consulares que forman uno de los monumentos más preciosos de nuestra antigüedad cristiana. Tal es en compendio la doble respuesta á esta interesante pregunta: ¿Cómo llegaban á conocer nuestros padres los nombres de los mártires?

Abordemos ahora esta otra cuestion más bella todavía, á saber: ¿Cuál es la certeza de los signos del martirio? Al lado de un gran número de *loculi* se encuentra una jarra de sangre colocada exteriormente en el sepulcro. Está incrustada en una pequeña abertura practicada en la toba de la galería y cerrada por una ligera capa de cal, cuyo color blanco debia al principio desprenderse vivamente del tinte gris de la toba granular. Otros *loculi* están acompañados de una palma, grabada á toda prisa sobre la cal que une la piedra sepulcral. En fin, hay algunas que presentan á la vez la jarra de sangre y la palma, Esto supuesto; examinemos el valor de este doble signo, la palma y la jarra de sangre.

Pongámonos un momento en el lugar de los primeros cristianos. Hénos ahí, como ellos, encerrados en las Catacumbas, privados de los medios necesarios para escribir largas relaciones sobre los mártires. A cada instante se trae del Anfiteatro, del Circo, de las Naumaquias, de todos

los cuarteles de Roma, cuerpos sangrientos y mutilados. *Loculi* cavados á toda prisa les reciben y se cierran precipitadamente. Así lo exigen la salud de los vivos y la rapidez con que los verdugos multiplican sus víctimas.

Entre tanto, damos una importancia extrema al acto de conservar el recuerdo de los mártires. Por esto queremos señalar sus sepulcros con un hecho distintivo; así lo queremos á fin de saber nosotros mismos, ó á fin de enseñar á la posteridad cuáles son entre esos millones de muertos afiliados en la inmensa necrópolis los que han dado su sangre por la fe, los que han alcanzado la palma de la victoria, en una palabra, aquellos cuyo valor elevado hasta el heroísmo, merece las brillantes recompensas del cielo y los homenajes religiosos de la tierra. A fin de dar estas diferentes indicaciones de una manera á la vez sencilla, durable y auténtica, ¿cómo obraremos? Yo afirmo que, despues de haber buscado largo tiempo, nada encontraremos mejor que hacer lo que sigue:

Para acordarnos nosotros y para enseñar á los demas que un fiel ha derramado su sangre por la fe, ó ha alcanzado la palma de la victoria en el más grandioso de los combates, ¿cómo haremos? Colocaremos cerca de su sepulcro una jarra llena de sangre, grabaremos sobre su piedra sepulcral una palma, emblema del triunfo entre todos los pueblos. Estos dos signos elocuentes serán necesarios y tendrán el mismo valor.

Serán necesarios. Si el héroe cristiano ha sido degollado y se ha podido recoger una parte de su sangre, pondremos cerca de él una parte de esta sangre preciosa; pero si el mártir ha sido quemado vivo, si ha sido precipitado á las clas, si ha sido estrangulado, en una palabra, si ha muerto sin efusion de sangre, el medio de demostrar su triunfo es la palma de la victoria.

Tendrán el mismo valor. La sangre expresará el precio de la victoria; la palma el triunfo ó el glorioso éxito del combate; una y otra repetirán cada una á su modo el mismo hecho, el hecho del martirio.

No es esto todo; estando establecidos estos signos para fijar nuestros recuerdos y para dirigir la piedad de las generaciones futuras ¿en dónde los pondremos? Los pondremos no en el interior del sepulcro, sino en el exterior. De este modo, bastará al peregrino de las Catacumbas acercar su lámpara á los "loculi" que llenan las sombrías galerías para saber al punto cuál es el sepulcro delante del cual debe prosternarse, ofrecer su incienso y depositar el homenaje de sus oraciones.

En fin, ningun otro sepulcro, por querido que nos sea, si no encierra á un atleta de la fe, no será nunca acompañado de esos signos venerables exclusivamente reservados para los mártires.

Esta conducta que el buen sentido más vulgar indica á todos los hombres, fué literalmente la de los primeros cristianos. Desde luego daban una importancia extrema á conservar el recuerdo de los mártires. La caridad mútua y la religion eran el doble motivo de esta disposicion tan universal como incontestable. El respetuoso amor que los fieles tenían á los mártires pasa de toda imaginacion. Verles en sus prisiones, hablarles, consolarles, besar sus cadenas, recomendarse á sus oraciones, era para todos los hermanos, hombres, mujeres, niños, jóvenes, ancianos, ricos y pobres, sacerdotes y legos, una necesidad de tal manera imperiosa, que para satisfacerla no retrocedían ante ningun peligro, ante ningun sacrificio.

¿Qué digo? ni las burlas de la multitud, ni las amenazas de los magistrados, ni los malos tratamientos de los verdugos, ni el temor muchas veces muy fundado de ver cambiado su papel de espectadores en

víctimas, nada podia impedirles acompañar á sus hermanos hasta el lugar del suplicio. Cada página de la historia de la primitiva Iglesia cuenta algunos rasgos de esta heroica caridad. 1 Este es un hecho sublime como el cristianismo, brillante como el sol. María, las santas mujeres, el discípulo muy amado, aquellos intrépidos testigos de la muerte del Rey de los mártires, tuvieron desde su origen en Jerusalem, en Roma, en Smirna, en Cartago, en Lyon, en Autun, en todas partes, pueblos enteros de imitadores.

La religion perpetuaba este heroico y respetuoso amor. Instruidos los cristianos por los Apóstoles del divino Maestro, sabian que la muerte no rompía los lazos de caridad que les unian con los mártires. Léjos de eso, en cada vencedor veían un amigo poderoso cerca de Dios, un modelo y un apoyo en las pruebas que les estaban reservadas. Sea con el fin de animarse al recuerdo de su valor, sea, en fin, para fortificar su debilidad con el socorro de sus oraciones, desafiaban todos los peligros para reunirse asiduamente cerca de sus sepulcros. Allí, en medio de ardientes súplicas, bebían la sangre generosa que eleva al hombre sobre sí mismo, y en este doble elemento, la oracion y la Eucaristía, tomaban la fuerza para subir á su vez al cadalso y bajar á la arena. 2 Por esto puede juzgarse la extrema solicitud con que marcaban con signos incommunicables el sepulcro venerable de los mártires.

Estos signos son la palma y la jarra de sangre. Entre todos los pueblos, la palma fué invariablemente el emblema de la victoria y del triunfo. Victoria en los combates, victoria en los juegos Olímpicos, victoria en las carreras del Circo, victoria en las luchas de la tribuna, victoria san-

1 Véase entre otros á Mamachi. "De Costume primitivi cristiani," t. III, c. I, p. 27.

2 Mamachi, *ibid.*, c. IV; Boldetti, lib. I; Aringhi, lib. I.

griente ó no sangrienta, la palma era el símbolo y el precio de ella. 1

Pero aun cuando esta costumbre hubiera sido ménos universal, bastaria para comprender y para justificar la intencion de los cristianos, saber que entre los Romanos y entre los Judíos, la palma fué el signo invariable de la victoria. La historia, las pinturas, las esculturas, las medallas del pueblo rey, nos muestran por todas partes la palma como el emblema del triunfo. Sobre una medalla de Augusto se ve, entre la cabeza de Julio César y de Octavio, una palma que indica la vic-

1 Victores utique cuncti ubique locorum palmam manu præferunt. "Los vencedores, en todas partes llevan en su mano la palma." Pausan., "in Arcadia," lib. VIII; Plutarch, "Sympos.," lib. VIII, "quest" IV.—En los juegos se colocaba una palma sobre una mesa, como objeto y recompensa de la victoria: "Palman in medio stadii loco eminentiore, in mensa spectandam proponerent;" "colocaban la palma en el centro del estadio, en un elevado lugar y en la mesa, para que fuese vista."—De allí esta palabra de Virgilio:

Seu quis olympicæ miratur præmia palmæ.

"Es digno de admiracion el que alcanza las palmas olímpicas."

"Geor., III.

En Roma se colgaba una palma en la casa del defensor que habia salvado á su cliente en una causa capital: "Patronorum in Urbe domi-nus palmæ apponebantur honoris ergo, quoniam niam cives in iudicio capitali servassent," "En Roma ponían por vía de honor las palmas de los patronos en sus casas, porque en algun juicio capital salvaron á los ciudadanos." De allí estos versos de Lucano:

... Sicut et sine sanguinis haustu

Nitida legitimo sub iudice bella movere.

Hæc quoque servati contingit gloria civis,

Altaque victrices intezunt limina palmæ.

"... Movieron la guerra suave bajo el legítimo juez, sin derramar sangre. La gloria de haber salvado al ciudadano entretregió las palmas vencedoras." Arboribus aliis laudabilior palma omnis certaminis est corona, et victoriae monumentum habet ramum virescentem.

"La palma, árbol más laudable que los demas, es la corona de la batalla y el monumento de la victoria, tiene una rama verde."—Liban., "Soph. Enarr. Elog. Palmæ."

In certaminibus palmam signum esse placuit victoriae. "En los combates, la palma es el signo de la victoria."—Aul. Gel., "Noct. Artic.," lib. III, c. IV.

toría alcanzada en Egipto por Julio César. Entre las medallas de Vespasiano, se cuentan cuatro que representan una palmera completa. Estas perpetúan el recuerdo de la gran victoria alcanzada sobre los Judíos por este príncipe y por su hijo Tito. Las inscripciones, VICTORIA AVGVSTI, JUDÆA CAPTA, no dejan ninguna duda en este punto. Las de Septimo Severo, de Caracalla, de los Antoninos, de Galiano, de Probo, de Caro, de Constantino, presentan el mismo emblema del triunfo.

No es esto todo; el que la palma fuese el símbolo de la victoria era una idea de tal manera recibida entre los Romanos, que habiendo arrojado un tronco de palmera á los piés de una estatua de Júpiter Capitolino, durante la guerra contra Perseo, no se dudó ya de la derrota de este príncipe. Al contrario, cuando cinco años más tarde, bajo los cónsules M. Messala y C. Cásio, un huracán hubo arrancado la palmera simbólica, se creyó con la misma certeza en los próximos reveses de la república. 1 Además, la palma era en Roma el signo incomunicable de los grandes triunfos, porque la oliva solo se concedía al vencedor que se juzgaba digno de ovación. En fin, la significación de la palma era tan evidente, que era conocida hasta del ínfimo pueblo. 2

1 Plin., lib. XVII, c. XXV.

2 Oleae honorem romana majestas magnum praebuit, turmas equitum idibus juliis ex ea coronando, item minoribus triumphis ovantes. "La majestad romana dió grande honor á la oliva coronando con ella á los escuadrones de caballería en los idos de Julio, y tambien en menores triunfos dignos de ovación."—Plin., lib. XV, s. IV.—Victoriae demum in palma significatum, ex nummis, picturis, sculturnisque omnibus universae jam plebe culae manifestum est. Eaque elocutio totres usurpata Ciceroni: Docto oratori palma danda est; in quadrigis; qui palmam primus acceperit, etc. "Por fin, la significación de la palma es manifiesta á todos, en las monedas, en las pinturas, en las esculturas, y la plebe no lo ignora. De aquí la locucion tantas

Ahora pregunto, para representar el gran triunfo de los mártires, ¿podían los cristianos de Roma hacer uso de un emblema más cierto, más vulgar y más consagrado? ¿es permitido engañarse con esta intencion? ¿En su lugar no habríamos obrado como ellos?

Vamos más léjos, y supongamos un momento que ni los Griegos, ni los Romanos, ni los otros pueblos de la antigüedad hubiesen empleado la palma como símbolo de la victoria; habria bastado á los primeros fieles para grabarla en el sepulcro de los mártires, saber que el mismo Espíritu Santo la habia designado como el emblema del triunfo. Religiosos como ellos eran, su primer cuidado fué siempre conformarse en sus pinturas, en sus esculturas, en sus emblemas, no ménos que en su lenguaje y en sus costumbres á las enseñanzas sagradas. La historia de su vida pública y privada, los monumentos artísticos de las Catacumbas, son de esto una prueba perentoria y mil veces repetida. Ahora, siempre que se trata en la ESCRITURA de la palma, está tomada como el símbolo de la victoria. Citaré solamente algunos ejemplos.

El Señor prescribe á los jueces las reglas que hay que seguir en la discusión de los procesos, y para designar la parte victoriosa, manda que le pongan una palma en la mano. 1 En testimonio de la victoria que Júdas y Simon Macabeo habian alcanzado sobre los gentiles, el pueblo fué á encontrarles con palmas en la

vezes tomada de Ciceron: Debe darse la palma al orador docto; el que primero recibiese la palma en las cuádrigas."—Pier. Valerian., lib. V, "Hieroglyphic."

1 Si fuerit causa inter aliquos et interpellaverint judices, quem justum esse perspexerint, illi justitiae palmam dabunt. "Si hubiere cuestion entre dos y hayan interpelado á los jueces, darán la palma de la justicia á quien sea justo dársela."—"Deut." c. XXV, I.

mano. 1 Habia esculpidas palmas en todas las partes del templo de Jerusalem, y los intérpretes judíos y cristianos están de acuerdo en decir que significaban la recompensa prometida al justo, vencedor en las luchas de la vida. 2 En fin, el Apóstol San Juan ¿no habia enseñado á los cristianos á servirse de este emblema, dándoles á conocer á los mártires de pié ante el trono del Cordero, con palmas en la mano? 3

Nada es tan comun en las Actas de los Mártires, en los monumentos primitivos y en los escritos de los Padres, como esta expresion: *la palma del martirio, conseguir la palma del martirio, llegar á la palma del martirio.* 4

Los cristianos estaban, pues, perfectamente fundados y perfectamente seguros de ser entendidos, si para designar un mártir grababan una palma en su sepulcro. Este signo, ¿lo han empleado realmente? ¿Ha reconocido la Iglesia y reconoce ella la palma como un testimonio irrecusable del martirio? Tales son las dos preguntas que conviene examinar ahora.

La prueba de que los primeros fieles se sirvieron de la palma para designar á los mártires, está en que no la han grabado indistintamente en todos los *loculi* de la Roma subterránea y en que el número de los que están marcados con ella es comparativamente muy corto. Por eso, si la palma no hubiese significado más que la victoria no sangrienta de los justos en los combates ordinarios de la vida, se la debería encontrar en un gran número de se-

1 "Machab.," lib. XIII, c. X.

2 "Phil. allegor. leg.," lib. II; Cornel. a Lapid., in Ezech., c. XLI.

3 Stantes ante thronum et in conspectu Agni, amicti stolis albis et palmae in manibus eorum."... Y estaban en pié ante el trono y delante del Cordero, cubiertos de vestiduras blancas y palmas en sus manos"—"Apoc.," c. VII, 9.

4 Boldetti, lib. I, c. XLIII.

pulcros donde no la hay, y no encontrarla nunca en otros que adorna con su gloriosa presencia. Así, debería faltar por una parte y siempre, en los sepulcros de los niños; y por otra, debería adornar los innumerables *loculi* de los adultos, es decir, de nuestros heróicos abuelos, modelos completos de todas las virtudes. ¿De dónde viene, no obstante, que está señalando los sepulcros de niños incapaces todavía por su edad de las luchas meritorias de la existencia? ¿De dónde viene que millares de *loculi*, depositarios de fieles de una edad madura, están privados de ella y no tienen otro testimonio de la santa vida y de la preciosa muerte del difunto más que estas palabras: *In pace; en paz?*

¿Cómo los padres, los amigos de estos admirables cristianos, tan fieles en declarar en tiernas inscripciones sus sensibles pesares y la religiosa sepultura que ellos mismos han dado á sus muy amados difuntos, se han descuidado de recomendar á la estimación de la posteridad á aquellos que les eran tan queridos, privando sus sepulcros del signo distintivo de la victoria y del triunfo? ¿Quién podía impedirles cumplir este deber de caridad y aun de justicia? Algunos minutos más, y el primer fragmento de hierro, de madera, de olla rota, bastaban para esto. Por urgidos y pobres que se les suponga, ¿cómo admitir que estos medios les faltaron siempre? Sin embargo, á pesar de tantos motivos y de tanta facilidad, no lo han hecho; es necesario deducir de aquí, que á sus ojos, la palma no era un signo facultativo, sino el emblema reservado de una victoria más excelente que todas las victorias espirituales, el emblema de una victoria efectiva, real, exterior, en una palabra, de la victoria por excelencia, la victoria del martirio. 1

1 Dunque è d'uopo affermare che presso di loro la palma dinotasse altra cosa molto maggio-

Una segunda prueba viene en apoyo de la precedente. El ilustre guardian de las Catacumbas, Boldetti, ha observado que la palma se encuentra más frecuentemente en los cementerios inmediatos al Tíber. Esta particularidad, de que no podría dar cuenta la ciencia arqueológica, se explica por sí misma, admitiendo que la palma es el signo distintivo del martirio; en efecto, se concibe sin pena que los cristianos han debido trasportar á las catacumbas más inmediatas al Tíber, á los hermanos ahogados en él. Pero sus sepulcros no podían ser señalados con la jarra de sangre, puesto que no había habido sangre derramada. De aquí, sin duda alguna, la multiplicacion de la palma en las galerías de que se trata. 1

Un último testimonio completa la demostracion. Sepulcros que son ciertamente sepulcros de mártires, porque así lo indica la inscripcion, no tienen otro signo distintivo que la palma.

Hé aquí algunas:

MARCELLA ET CHRISTI MARTYRES.

CCCCCL.

«Marcela, y quinientos cincuenta mártires de Cristo.»

re e pui eccellente che la sola vittoria spirituale ed interna, e che per questo motivo si astenessero di effigiarve'la, senza lasciarsi indurre o dall'affezione del sangue o dalle leggi d'una eccedente amicizia e concederla a chi perfettamente non se l'avea meritata con la sicurezza di vera, effettiva e reale vittoria esterna per mezzo del consumato martirio. «Conviene deducir que para ellos la palma denotaba otra cosa mucho mayor y más excelente que la sola victoria espiritual é interna, y que por este motivo se abstuvieron de grabarla, sin dejarse llevar del afecto de la sangre ó de las leyes de una excelente amistad y concederla á quien no la habia merecido con seguridad de verdadera, efectiva y real victoria externa por medio del martirio consumado.» Boldetti, lib. I, c. XLVIII, p. 260.

1 Boldetti, lib. I, c. XLIV, p. 335.

RUFFINUS ET CHRISTI MARTYRES.

CL. MARTYRES CHRISTI.

«Rufino, y ciento cincuenta mártires de Cristo.»

*Hic Gordianus Galliae nuncius jrgv
Latus pro fide cum familia tota
Quiescent in pace.
Theophila ancilla fecit.*

«Aquí Gordiano, correo de las Galias, inmolado por la fe con toda su familia; descansan en paz. Teófila su sierva ha hecho este sepulcro.»

Esta inscripcion escrita en caracteres extranjeros proviene de las Catacumbas de Santa Inés. 1

Por solo esto queda demostrado que en la intencion de los primeros fieles, la palma es el signo distintivo del martirio. Luego en todos los «loculi» en donde se encuentra indica la misma cosa; de otro modo no seria ya un signo. Tal es la respuesta á esta primera pregunta: ¿Los cristianos emplearon la palma como un signo distintivo del martirio? Queda la segunda, á saber: ¿La Iglesia ha reconocido siempre la palma como el testimonio irrefragable del martirio?

Hablando de las pinturas y de las esculturas de las Catacumbas, hemos demostrado que el arte era un libro, una lengua de que la Iglesia se habia servido desde su origen para enseñar á sus hijos las verdades de la fe. Además, esta enseñanza figurada, lo mismo que la enseñanza oral, no se dejó al arbitrio de los particulares y á los caprichos de la imaginacion. El conjunto de los monumentos primitivos enseña que un mismo pensamiento la inspira, la domina y la vigila. Se la ha hecho también un réproche por esta reproduccion constante de los mismos asuntos y de aque-

1 Algunos sabios la miran como dudosa.

lla invariable série de formas y de emblemas. En este reproche, que puede admitirse bajo el punto de vista artístico, se encuentra la prueba evidente del hecho que queremos establecer.

Semejante comunidad, digamos mejor, semejante identidad de tipos y de emblemas entre la innumerable variedad de pintores y de escultores sin experiencia que se sucedieron durante muchos siglos y que trabajaron sin conocerse en los vastos subterráneos de las Catacumbas, revela manifiestamente la existencia de símbolos convencionales, sancionados y mantenidos por un poder regulador. Esta misma uniformidad atraviesa las edades siguientes. Así, el concilio de Trento no hace más que proclamar la perpetuidad de este poder regulador de la enseñanza figurada, cuando dice: «Conforme á la costumbre de la Iglesia católica, recibida desde los siglos primitivos, conforme á la tradicion de los Santos Padres y á los decretos de los Concilios, el santo Sinodo manda á todos los obispos... instruir con cuidado á los fieles... de la costumbre legitima de las imágenes... y á fin de que todas estas cosas sean observadas con más exactitud, prohíbe á toda persona colocar en un lugar ó en una iglesia cualquiera una imágen *insólita*, á menos que no haya sido aprobada por el obispo.» 1

En cuanto á la palma en particular, toda la tradicion nos la da como el signo distintivo del martirio. Siento vivamente no poder citar los innumerables testimonios de los santos doctores sobre este hecho incontestable. 2 Bástenos oír á san Gregorio Magno. El sabio Pontífice nos muestra en el cielo el origen de esta costumbre,

1 Hæc ut fidelius observentur, statuit sancta Synodus nemini licere ullo in loco, vel ecclesia, etiam quomodolibet exempta, insolitam ponere vel ponendam curare imaginem, nisi ab episcopo approbata fuerit. «Sess. XV, de Purgat.

2 Véase aquellos pasajes perentorios en Boldetti lib. I, c. XLII, XLIII, etc.

de suerte que toda la diferencia entre la Iglesia de la tierra y la Iglesia del cielo consiste en que la primera graba en el sepulcro del mártir la palma que la segunda le pone en la mano. «¿Qué significan las palmas pregunta el ilustre doctor, sino el precio de la victoria? De aquí viene que se las dé á los vencedores. También por esto está escrito de aquellos que han vencido al antiguo enemigo y que triunfan en las alegrías de la patria. Y están en sus manos las palmas.» 2

A los testimonios escritos, sigue la conducta más elocuente aún de los soberanos Pontífices en toda la série de los siglos. San Pascual extrae de las Catacumbas dos mil trescientos mártires que coloca en la iglesia de Santa Praxedis. ¿Qué signo emplea él para designar á la posteridad la sangrienta victoria de todos aquellos héroes de la fe? Dos magníficas palmas de mosaico grabadas en el ábside de la basílica. San Félix III en la iglesia de los santos Cosme y Damian; Anastasio IV en la iglesia de San Venancio, cerca de San Juan de Letran; Inocencio II, en Santa María *in Trastevere*; Honorio III en la basílica de San Pablo extra muros, emplean el mismo símbolo para designar el mismo hecho.

Concluyamos con estas palabras del hombre más sabio de su siglo, que resúmen la historia emblemática de todas las edades cristianas: «Los santos, dice Belarmino, están siempre representados con los emblemas de la virtud, del sufrimiento ó del poder. San Pedro con las llaves; San Lorenzo con su parrilla, etc.; los mártires con palmas; todos los santos con la corona. Estos emblemas son como una histo-

1 Quid per palmas? nisi præmia victoriae designantur. Ipsae quoque dari vincentibus solent. Unde de his quoque qui in certamine martyrii antiquum hostem vicerunt et jam victores in patria gaudebant scriptum est: Et palmae in manibus eorum. «Homil. XVII, in Ezech.»